

Federico Díaz-Granados



EL UMBRAL DE LOS SUEÑOS FEDERICO DÍAZ-GRANADOS

Federico Díaz-Granados

El umbral de los sueños



Colección
Lima Lee



FEDERICO
DÍAZ-GRANADOS

Federico Díaz-Granados

(Bogotá, Colombia, 1974)

Es director de Valparaíso Ediciones y de Visor Libros Colombia. De igual forma, dirige la Biblioteca de Los Fundadores del Gimnasio Moderno y de su agenda cultural. Ha publicado los libros de poesía: *Las voces del fuego* (1995), *La casa del viento* (2000), *Hospedaje de paso* (2003) y *Las prisas del instante* (2015). Ha preparado varias antologías de poesía colombiana. En 2017, compiló para Editorial Planeta, el libro *Cien años de poesía hispanoamericana* y, en 2020, para Seix Barral, la *Poesía Reunida* de José Asunción Silva. Su poesía ha sido traducida parcialmente a varios idiomas y se destacan las ediciones italianas de *Le ore dimenticate* (Raffaelli editore, traducción de Emilio Coco, 2015), Le urgenze dell'istante (Edizioni Fili d'Aquilone, traducción de Alessio Brandolini, 2017) y *La soglia dei sogni* (Raffaelli editore, traducción de Gianni Darconza, 2017), *Sortie de secours* (Ladrones del tiempo, traducción de Stéphane Chaumet, 2017) y *Roadhouse* (Valparaíso USA, traducción de Jason Ehrenzeller, 2017).

El umbral de los sueños

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poéica para las ediciones de la colección del Programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL UMBRAL DE LOS SUEÑOS

(Antología, 2020)

Hospedaje de paso

Nunca he conocido a los inquilinos de mi vida.
No he sabido cuando salen, cuando entran,
en qué estación desconocida descansan sus miserias.
Las mujeres han salido de este cuerpo a los portazos
quejándose de mi tristeza,
en algunas temporadas se han quejado de humedad
de mucho frío, de algún extraño moho en la alacena.

Se marchan siempre sin pagar los inquilinos de mi vida
y el patio queda nuevamente solo
en este hotel de paso donde siempre es de noche.

Noticia del hambre

Me habita el hambre. Y todos me lo dicen.
No es el miedo ni la duda
apenas un ritmo intacto que no toca con su sal la orilla.
Es el hambre, quizá un leve testamento
o esta insistencia en destruir la casa
y renovar la piedra en sueño.

Es poco lo que recuerdo de mí a esta hora, el disperso,
el que a la intemperie es un poco de hierba,
una palabra sin traje con olor a otras tierras
y que mira con cara de extranjero todas las prestadas
alegrías.

Llega el hambre con su mismo azar y su idéntico
augurio.
La lluvia está debajo de la carne
y pocas cosas recuerdan al viejo amor
que ya no cuenta.

Es el hambre. Y todos me lo dicen.
No es el leve testamento ni la tristeza de las noches.

No es la poesía
ni la música que traduce el tiempo.

Un poco de hambre
y el cansancio de llenar la estantería de ausencias.

Suenan timbres

Homenaje a Luis Vidales

Golpean, llaman.
Suenan timbres en la casa.
Alguien busca algo a horas imprevistas.
Serán de la oficina postal
o los mormones ofreciendo Biblias.
Algún extranjero despistado
o el mendigo que viene por su ración de pan.
Será la vecina que quiere hablar sobre la carestía
o su esposo el prestamista a cobrar los intereses.
Quizá el plomero
o la gitana a pronosticar malos días,
extrañas pestes y fuertes infecciones.
Quién golpeará a esta hora inoportuna.
No es el amor,
no es el hijo ni mi padre.
Seguro será la muerte y el ropavejero
que vienen por mi cuerpo con su derrota
o el casero a desalojar,
que es lo mismo.

La otra casa

Pondrás en mi tumba un salvavidas
porque uno nunca sabe

Robert Desnos

¿La muerte será como irse a una casa más oscura
o a un vecindario donde la amargura
se resuelve en un pago de contado?

¿Cómo será esa entrada al barrio de la muerte?
¿En la oficina migratoria
reconocerán mi linaje del fracaso,
la aduana exigirá los sellos de salida de todas mis mujeres?

¿Cómo será el rock que se escuchará en sus bares?
¿Sabrán allí del amor, de religión,
de buenas recetas de cocina'
¿Pareceré un extranjero tomando fotos a sus parques,
catedrales
y sus inmensas estatuas?

No sé cómo será la muerte,
pero como en la vida
seguiré llegando tarde a todas mis citas, mis exilios,
mis adioses
y puntual a mis nostalgias
y arrojaré nuevamente mi corazón a los mendigos
Con la certeza que ninguno se hará cargo de él.

Personajes en un paisaje de infancia

A la manera de Bohumil Hrabal

Si los sueños me llevaran a los viejos papeles de la infancia,
me devolvieran el olor detenido de los juguetes en el patio
y tuviera un llanto ebrio
que enumerara en la carne el paso de cada herida,
volvería quizá, con el aceite de ese cielo,
el óleo de esa estación quemada
a habitar el lugar de la tristeza en los muebles de la casa,
fermentaría los oficios del amor, de la muerte, del frío,
abriría las ventanas para dejar entrar los ladridos
de los perros
y atajar las voces de regreso.

Si los sueños me llevaran a Budapest
y en los rieles del tren
encontrara al poeta náufrago entre el hierro y la piedra.
Si el ocio de la vigilias
me llevara a Katmandú o a Babilonia, la profana,
entonces me preguntaría por los días del primer amor,

llenos de soles y olor a cereal,
rostros en *polaroid* detenidos en el viento.

Hoy los sueños no me llevan a Estambul,
ni a Marruecos
y no veo en la casa saqueada de mis días
a Mark Twain ni a Tom Sawyer
caminando entre mis músicas.
¿Qué fue de aquellos días?
¿De los banquetes familiares
y el tío que cobraba sus tristezas?
¿Qué fue del gol en la tribuna
y la muchacha sepia que cuelga de mis lienzos?

Los sueños pronostican caída de ángeles quemados,
el regreso de los náufragos, la sequedad de un nuevo amor.
Todo es tan raro aquí
que no sé si habré llegado en la lluvia equivocada.

Cambio mis terrores, mis miserias, cada tiempo,
por un día de retorno a la primera navidad,
por no tener que decirle a los colores
que un día ya muy lejano murieron Turner y Chagall.
Cambio mis secretos por no decirle a las mujeres que amé,
que viven en mis palabras sin ni siquiera yo saberlo.

Pero ni Budapest, ni Babilonia,
ni Estambul, ni Marruecos dan espera.
Esos rostros no caben en el sueño.
La infancia huye con las últimas plagas.
El balón se desinfla en la ruina de la casa
y vuelvo a vestir el traje sucio de los mismos augurios.

Se fue la infancia y nunca supe
a dónde van los patos del Central Park en invierno
y si la vida era sentarse a hacer guardia en un campo
de centeno
o entrar a una caverna para estar a solas
con Becky Thatcher.
No supe si vivir
era caminar descalzo a campo abierto
a orillas del Mississippi.
O acompañar al abuelo
a ver despegar aviones en Santa Marta.
Se me fue la infancia y no volví a ver al «Halcón
milenario»
huyendo con Obi-Wan Kenobi y la Princesa Leia.

Entre tantos oficios el más difícil fue entender
que el mundo es tan solo una casa de dioses extraviados.

Álbum de los adioses

¿Qué sastre tejió estos cuerpos que nos visten de vida
remendados con lágrimas equivocadas
y cosidos con paños y parches de un viejo almacén de
baratijas?

¿Cuál fue ese sastre que tomó las medidas
y con su dedal y aguja cosió los botones
de las secretas costuras y cicatrices del cansancio
y climas repetidos en la áspera estación de la piel?

¿Qué extrañas prendas nos visten de vida
tejidas a la medida exacta de cada sed, de cada hambre,
del afán disperso de todos los comensales
que aguardan el agrio cereal del fracaso?

¿Y quién cosió los colores desconocidos al corazón?
¿Quién sabe cómo es el amor que vive
debajo de estas ropas?
¿Acaso fue Dios con su bata de cirujano
enseñando el antiguo oficio de extraer costillas?
¿O fue aquella muchacha cuando me sonrió
en su día libre del paraíso?

Pastelería Metropol

Yo vengo sin idiomas desde mi soledad

Luis García Montero

Miro en la vitrina
el reflejo de mi cuerpo
sobre el vidrio
y me veo gordo, cansado,
sobre aquellos pasteles de vainilla.

Y pienso en los amigos que no volví a ver
¿y qué sabían ellos de este corazón caduco
donde no cabe ni un centímetro del mundo?

Y cuando no te reconoces en los pasos del hijo,
ni en el espejo,
harto de esquivar malos presagios,
viendo de lejos el esplendor de las pérdidas,
lo indescifrable y lo desconocido.

Callo: mi silencio alcanza ese cuerpo que no entiendo,
desmancho mi corazón de su último incendio.

Y sigo extranjero en ese vidrio,
gordo y cansado
y atrás de mí
algunas sombras, gestos de abuelos y tíos muertos
sobre los pasteles de vainilla.

Correspondencias

Ella me envió su foto
en el volcán del Himalaya.
Suya era toda la nieve y las cumbres.
Me envió fotos en una calle de Praga con una anotación:
«Las calles de Kafka, Holan y Hrabal no dejarán
de pertenecernos»
y retratos en mercados de Estambul y Madagascar.

Llegaron postales de la sagrada Moscú,
la Catedral de San Basilio, el Kremlin y el Café Pushkin.
En San Petersburgo recordó en el Hermitage
mi triste afición por la pintura.

Razones que no olvidó mis versos en Pere Lachaise
ni en la avenida Corrientes ni en Constitución.
En la servilleta de un Pub de Dublín
líneas de Joyce y Yeats.

Se me pasó la vida recibiendo postales, retratos y razones
desde que me dejó con este frío,
las nieves perpetuas de mi vida,
desde aquella última vez...

A alguien debes amar

A Juan Felipe Robledo y Catalina González Restrepo

A alguien debes amar:
Al montón de ruinas que te rodean
a las sirenas que anuncian la guerra
a las parentelas que te narran historias del rencor
y luego te cobran la expulsión del paraíso.

Ama a las mujeres, a todas,
a la desconocida
a la del rostro perfecto
a la contrahecha y jorobada
a las que se alejan con sus maletas intactas
a las siempre ajenas.

Seguro el amor un día tendrá su exacta receta
y sabremos por qué la bruma se quedó a la intemperie
de los besos perdidos y los abrazos nunca dados
y por qué la risa parece algunas veces un saco prestado,
que nos queda grande y nunca nos encaja,
que huele a pieles extranjeras en sus bolsillos.

Se debe amar con sus múltiples heridas
y su inventario de hemorragias y lentas convalecencias
no se debe temer a sus papeles quemados
ni a sus amuletos y talismanes de cada cita
ni a los sollozos que dejaron vacía la alcoba el último día.

A alguien debes amar cada instante de la vida
y regresa amarrado a un pedazo de estrella.
No demores la llegada del alba a estas tierras.

Es un duro oficio y raro asunto este del amor,
pero toma hoy muchos apuntes para el gozo
que la mañana que hoy ves frente a tus ojos
hace siglos está detenida en la misma cuenca
esperando
con el mismo afán de las palabras
a la hora de llegar al cuerpo.

Oración del derrotado

Señor de los derrotados
te ruego por mí, estafeta de los pájaros.
Nunca conocí la magia y el milagro
antes de pasar por las fogatas de la resurrección.
Yo que nunca fui madrugador
tampoco me fue otorgado ningún atardecer,
desterraste mis lágrimas de su lienzo, el alba de mis ojos.

Señor de los equivocados
por qué le diste a ella mis veranos
y a mí sus tempestades,
por qué de los tres misterios
me revelaste primero los dolorosos.

Señor de la soledad, Patrono de los débiles,
por qué cada regreso es un inventario de ausencias,
deja que a mis noches las habiten unos cuantos esplendores
aunque sean los últimos amaneceres que visiten mi carne.
Si nosotros los hombres estamos hechos a tu imagen
y semejanza,
debes ser una criatura cansada, un ser desteñido

con olor a cuerpo rancio entre tu piel,
embajador del hambre
que pesa su tristeza para entender
por qué nos diste estas almas con fecha de vencimiento.

Señor de los torpes,
tú que nada sabes del tiempo,
que en tu reino tienes a Van Gogh, Patrono de la luz,
por qué enviaste la amargura a este lado del viento,
a este valle de extraviados, de huérfanos,
donde mis ángeles se emborrachan
con el óleo fermentado de mi soledad.

Señor de mis fracasos y agonías
te ruego por mis palabras, única semilla del primer Paraíso,
por mis sueños que amanecen hechos cenizas
en mi almohada,
por mis urgencias y naufragios, la resaca de los días
y dame ya, en esta orilla
el asombro y el color del primer despertar en la muerte.

Las prisas de instante

Tenía razón el tiempo en llevar su afán
en instalarse donde le pareciera
y en tener sus rituales y hostilidades.

Ahora entiendo sus tardanzas y balbuceos
y su prontitud para los aciertos,
de esta terquedad de fijar unas cuantas palabras en un extremo de la infancia
y otras tantas en un rincón de esta calle ronca
que se parece tanto a la vida, llena de sorpresas
y de silencios.

Por eso perdóname por tantas deshoras.
por convocarte en noches de rencores y presagios
por amontonar en la misma gaveta ruinas
y asuntos cotidianos
entre el cansancio de los días y la terca música
de los silencios.

Tenía razón el tiempo en llevar su ritmo
y la vida en tener sus afanes

para quedarse acá
con todas las prisas del instante.

Por eso perdóname por estas premuras
por no saber la gramática y las palabras
de una lengua olvidada
por haber perdido libretas, las llaves
y la vieja canción de exactos compases y cenizas
como si en el afán del tiempo
cada día, sin importar la hora,
se extraviaran los sueños.

SALA DE ESPERA

No importa dónde esté la casa
alguien espera
temeroso o impaciente
a que llegues a la hora convenida.

Porque allí está todo intacto
entre telarañas y escombros de un tiempo
y de un mundo que enmudece.
Allí están las postales y las viejas cartas
de ciudades nunca visitadas
y de puntos cardinales extraviados
porque esta casa se parece a todos sus moradores
en sus grietas, en sus manchas, en tantas cosas perdidas
y olvidadas en gavetas.

Hay que llamar si nos demoramos un poco
no sea que se inquieten los víveres y los retratos,
los abrigos y las cobijas preparados para el frío.

Hay que avisar porque los niños de entonces
ya no somos niños

y afuera está el carnaval y la cuaresma
las gentes agolpadas en los quioscos
y los estadios llenos,
la algarabía y el canto de los hombres
en refranes o estribillos repetidos.

No importa dónde esté la casa
alguien espera
temeroso o impaciente a que llegues
a la hora convenida
no sea que llamen a dejar recados de la muerte.

Recados cotidianos

No podía salir porque afuera había pestes y epidemias
y no sabía ni intuía de qué se trataba.
Apenas me persigno
o repetía poemas de memoria y canciones
como breve talismán
porque afuera el mundo era un karaoke
que jugaba con mi destino.

Si hubiera sabido esto no habría dormido tanto,
me habría levantado más temprano
para oír las orquestas afinando
las montañas rusas
y el sonido de las cajas registradoras.

Igual si salía siempre le dejaba copia de las llaves al vecino
y quedaron tantas por ahí regadas que recuperarlas
era hacer el itinerario exacto de la muerte.

Salí a pesar de las advertencias
y tuve que inventar otra vez el corazón

como tantas veces inventé mi patio y mis rituales
y oía el silencio rumoroso de los aviones que se alejan
porque desde la trastienda del sueño llega un viento
que mueve la casa,
una luz que se enciende al otro lado de la calle como
trayendo señales de otro mundo.

Secreta compañía

Homenaje mínimo a Roberto Genta Dorado

Oigo el sollozo del vecino
sus canciones delatan
su tristeza o su rencor.
Escucho su tos y el agua hirviendo
y sus diarias costumbres de sintonizar
las noticias a la misma hora.
Qué dirá mi vecino del rock desafinado
que sale de mi dulzaina,
de mis malos modales en la mesa,
de mis brindis solitarios
y del romper tantos papeles en la noche.
Él sabe qué palpita a este lado de la pared
mientras yo intuyo que nos parecemos mucho
porque canta destemplado y también llora
y sus ventanas se empañan en las noches.

Pequeño nocturno

¿Ese temblor que pasa es la vida?
¿Y ante cuál soledad canto hoy?

No sé de dónde provienen esos ruidos
que en la noche asustan:
la caja de fósforos
las cosas se cambian de lugar y no aparecen.

Suponemos que todo esto es el mundo
enormes colecciones de tristezas, llaveros
y estampillas de mares lejanos.

Es aquí donde sucedo
sin aduanas ni requisas
ni adioses a destiempo.

Portarretrato

Con la cámara polaroid de Luis Chávez

Ante la cámara todos dicen «*Whisky*»
y allí quedan congelados para siempre
los parientes y amigos
las amantes inconclusas y afectos retenidos.
Al reverso unos nombres y unas fechas
revelan las vejeces prematuras
todas las quejas y las tardanzas de esos días.

Todos dicen «*Whisky*» y salen sonriendo
abrazados entre sí o apoyados sobre algún mueble
antiguo.
Todos quedan con gestos de dureza o alegría en sus
rostros
sin las voces que apaciguaron fiebres
y castigos en las noches.
Algo de rencor y de bronca se ve en aquella foto
cuando en coro gritaron «*Whisky*»
y dejaron fuera de foco

todo el umbral de los sueños
y la luz que titilaba en sus miradas
ante el ademán de despedida del abuelo
y el largo adiós de los almendros.

Parecidos indelebles

Cada vez te pareces más a tu padre —me dicen en la calle—
en sus gestos, en su forma de caminar,
por su frágil manera de mirar el paso de la gente.
Por sus ademanes en la mesa
y el ritual de hacer listas sin objeto.

Son parecidos —gritan las tías y los primos—
en las señas y el modo de llevar la soledad
en cómo caminamos los mismos trayectos citadinos
y en la costumbre de repetir anécdotas en similares horas.

Parecen dos magos enseñando a los niños viejos trucos
—dice mi madre algunos días—
y los colores de la ropa no combinan
con el estado del corazón y de la mirada.

Cada día somos más parecidos
y el carácter y los modales revelan una forma
de estar en medio de tantos ausentes,
de recuerdos guarecidos y canciones repetidas.
Todo aquello que fue lo más pasajero
en el insomnio.

Los motivos de la abuela

El escaparate de la abuela Margot
era la vida misma.
Allí todas las supersticiones se volvían leyenda
y los retratos pegados en el espejo narraban
breves historias familiares o relatos antiguos del Caribe.
Ahí guardaba estampitas de sus santos:
el Niño Jesús de Praga, la Virgen del Carmen
y una pequeña estatuilla de San Antonio
que siempre hacía aparecer las cosas perdidas en la casa.

Aquel escaparate estaba lleno de voces y canciones
de recortes de prensa y obituarios
de todos los parientes muertos
y de aquel lugar salía un olor a tiempo detenido
y a almendras escondidas entre los objetos.

De la abuela Margot
me quedó la manía de revolver los cajones y escarbar cajas
buscando nada.
De ella conservo la mueca del imprudente
y este aire distraído, de quienes guardan secretos

y gozan escuchando el cuchicheo de las señoras en las
iglesias y los mercados.

De ella heredé creer en los espantos y ser supersticioso
y el capricho de caminar a oscuras
para no distraer a los fantasmas.
También me quedó el volver siempre
sobre las cosas guardadas
para entender siempre los motivos de la fiesta
y recordar los nombres olvidados
porque fueron esos preludios
esas dichas y esos cuentos
el testamento más luminoso
de cada día que inventó mi infancia.

Good bye Lenin

De niño algunas veces jugaba a ser cosaco.
Otras veces retozaba como Konsomol o cosmonauta.

Así transcurrió la infancia:
guerras del Zar
en un patio sin nieve ni abedules,
ni estepas ni pueblos incendiados.
A veces era Kasparov o el osito Misha
y recreaba historias de amor en el transiberiano.

La voz del padre, daba cuenta de Matrioskas y
samovares
y del mausoleo de Lenin bajo una luz ultravioleta.
de los monumentos a Puskhin y Máximo Gorki
y de las noches blancas de Leningrado.

Era el verano de 1985
y por onda corta hablaron de la perestroika.
Cambiaron los coros del ejército rojo por canciones de U2
relatos de pioneros por un incendio en Chernóbil.

Y no volvieron los cosacos, ni los konsomoles,
ni los cosmonautas a mi cuarto
en aquella noche en que mi madre me daba las buenas noches
en voz baja para no despertar a toda la casa
mientras apagaba para siempre
la última luz de mi infancia.

Retornos

No creo en retornos,
pero este amargo corazón de casas viejas y calles rotas
late en cada regreso
sin gestos ni ademanes
y sabe que el mundo es un mal lugar para llegar.

Y se regresa a escribir un poema que trate de una
muchacha en un aeropuerto
que espera un avión de quién sabe dónde
o escribir sobre la carta que nunca recibí aquel sábado
escuchando el mismo disco de las nostalgias perpetuas
o sobre los versos robados a Salinas, Borges, Walcott
y las tardes de sol en el estadio de fútbol.

No creo en los regresos,
pero este seco corazón de otros días canta a destiempo
sobre el cielo que calcina el nombre de una mujer que
amé.

No creo en retornos,
pero mi vocación de viajero hace,

cuando parto hacia la intemperie en el mundo
que deje, como en mis días de *boy scout*,
piedritas y migas de pan
para no perder el camino de regreso a tu cuerpo.

Salida de emergencia

Salimos del amor
como de una catástrofe aérea.

Cristina Peri Rossi

Se sale del amor como del cine,
a veces presuroso
o listo a repetir imágenes o bandas sonoras memorables
o apenas presto a tomar un bus o un café
que borre esa última escena grabada en la retina.
A veces se sale antes del final,
desconcertado o molesto,
siempre con los tiquetes rotos.

A veces se sale del amor como de un tren o un avión,
de afán y silenciosos, llenos de paquetes
y de inútiles encargos
rumbo a esperar equipajes de colores repetidos
y a buscar un taxi o un rostro familiar que nos acoja
o a un agente que nos busca entre la muchedumbre

con un letrero que lleva nuestro nombre
en afanados trazos.

Así también salgo del poema
sin palabras y con el corazón seco
lleno de secretos aniversarios y tesoros perdidos,
borradores de algunas pérdidas, roncas voces y
episodios inconclusos.

Por eso el amor es como el mundo, el cine, el tren,
el avión o el poema:
se sale de la misma forma y por la misma puerta:
con los tiquetes rotos,
tropezando con equipajes y torpes viajeros,
y mirando hacia atrás entre prisas y urgencias.

Suponemos que todo esto es el mundo
enormes colecciones de tristezas, llaveros
y estampillas de mares lejanos.

Es aquí donde sucedo
sin aduanas ni requisas
ni adioses a destiempo.



Colección
Lima Lee

